

Suburbanización y periurbanización. Ciudades anglosajonas y ciudades latinas

Giuseppe Dematteis

Los recientes procesos de periurbanización y de difusión reticular de la ciudad («ciudad difusa») están dando origen a periferias urbanas de un tipo muy distinto de aquellas que se han formado en Europa desde la revolución industrial hasta la década de 1960. Estas nuevas periferias son el resultado de profundos cambios en las estructuras territoriales urbanas (desurbanización, contraurbanización), en las tecnologías de la comunicación y de la información (telemática), en la organización y en la regulación social (posfordismo), que han transformado a los países industrializados a partir de finales de la década de 1960.

Con la periurbanización y la «ciudad difusa» los modelos de la suburbanización de tipo latino-mediterráneo y de tipo anglosajón, que durante mucho tiempo han seguido caminos diferentes, tienden ahora a converger en un modelo único común a toda Europa de «ciudad sin centro» de estructura reticular, cuyos «nodos» (sistemas urbanos singulares) conservan y acentúan su identidad a través de procesos innovadores de competición y cooperación. Las nuevas periferias parecen así destinadas a convertirse en la verdadera metrópoli, hecho que se refleja también en una mutación de las imágenes de las periferias mismas, de una negativa propia de la ciudad fordista a otra positiva característica de la ciudad difusa posfordista. Todo ello tiene además importantes consecuencias para las modalidades del gobierno y de la planificación urbana, las cuales deben apoyarse también en conexiones de tipo reticular entre los actores públicos y los privados.

I. SUBURBANIZACIÓN: EL MODELO HISTÓRICO LATINO-MEDITERRÁNEO Y EL ANGLOSAJÓN

Según una opinión general, la periferia suburbana sería un modelo anglosajón, una forma de asentamiento típica de la Europa septentrional que, sólo recientemente, se habría extendido a la Europa mediterránea. Si bien es cierto que en los últimos cien años el modelo anglosajón ha influido en las formas de la expan-

sión urbana mediterránea, hay que recordar que cada una de estas dos civilizaciones urbanas ha tenido en el pasado modalidades de suburbanización propias, muy diversas. Y, tal como veremos, esta diversidad reaparece actualmente en las matrices territoriales de la periurbanización.

En Europa, la ciudad mediterránea tradicional se caracteriza por su compacidad y por la neta separación entre paisaje urbano y paisaje rural. Este fenómeno no depende sólo de motivos de defensa sino, más en general, del hecho de que la sociedad urbana (la *civitas*) ha marcado durante milenios su distinción de la rural también en términos físicos, concentrándose en la *urbs*. La distribución de elementos urbanos en el territorio (castillos, monasterios, ferias y mercados, lugares de culto e incluso universidades) con los centros correspondientes de poder es en cambio un rasgo originario de la civilización germánica y anglosajona que sólo durante la Edad Media penetró en cierta medida en el área latina mediterránea, así como en el mismo período, y particularmente en la época bajomedieval, algunos rasgos típicos del modelo concentrado meridional se impusieron en la Europa central y septentrional. En cambio, la diferencia en el *habitar* quedó bastante marcada a largo plazo: en edificios de varios pisos en el modelo latino y en casas uni o bifamiliares con pequeño jardín en el modelo anglosajón, aquel que ya Thomas Moro indicaba como tipología única y óptima para las 54 ciudades de la isla de Utopía. También hay que tener en cuenta que la relación de fuerte dependencia económica social y cultural del campo respecto de las ciudades, presente en casi toda el área mediterránea, no se encuentra del mismo modo en el resto de Europa occidental, donde durante la época moderna tuvo lugar la formación de una burguesía empresarial agrícola y artesanal también en los pueblos. La misma «revolución industrial» nace, como es sabido, en tanto que fenómeno extraurbano.

Todo esto no significa, sin embargo, que la burguesía urbana mediterránea ignorara la vida suburbana. Muy al contrario: aquella costumbre de dividir el tiempo entre la *domus* (urbana) y la *vila* (rural) que en la Antigüedad romana era propia de las familias patricias o muy ricas, se convierte, en el medioevo, en una costumbre difundida también entre los estratos sociales medios. Censos del siglo XIV muestran que en ciudades como Génova, Florencia y Perugia casi todos los propietarios de casas urbanas tenían también una casa y un predio rural. Datos análogos aparecen para ciudades como Marsella, Montpellier y Toulouse.¹ Giovanni Villani escribía que, en 1350, Florencia estaba rodeada por «seis mil habitáculos (*abituri*) ricos y nobles que, de juntarlos, hubieran hecho dos Florencias» y, además, siempre en la campiña suburbana, «tienen quintas de recreo los comerciantes, y los artesanos más viles y vulgares».² Villani y otros tras él, como Leon Battista Alberti, explican también el fenómeno, no tanto en términos de

1. ROMANO, M., *L'estetica della città europea*, Einaudi, Turín 1993, pp. 124 y ss.

2. *Ibid.*, p. 126.

amor hacia la naturaleza (como sucederá después con el romanticismo) sino como evasión frente a los condicionamientos sociales de las ciudades, como búsqueda de la libertad en un ambiente agradable. Para decirlo con palabras de Lewis Mumford: «aislarse del mundo como un monje y vivir como un príncipe: estos son los objetivos de los primeros suburbios». ³ Unos hábitos que duraron hasta el inicio de nuestro siglo.

De este modo, en el área latina la vida suburbana tradicional es una expresión de la dependencia del campo cercano respecto de la ciudad. Es un fenómeno difuso, pero que sigue siendo rural, en el sentido de que está basado en «segundas residencias» que son también predios rústicos, es decir, unidades de producción agrícola, donde trabajan aparceros o jornaleros. Es una suburbanización sin expansión de la ciudad. Crea aquello que E. Sereni llama el «*bel paesaggio*» ⁴ que es un paisaje rural creado por la ciudad: una especie de gran jardín productivo.

En los países anglosajones, en los que la dependencia del campo respecto a la ciudad cercana era bastante menos acentuada, la suburbanización es más reciente, en tanto que deriva de la expansión urbana consiguiente a la revolución industrial. Una expansión como esta se extiende en forma de mancha de aceite con el acceso de las clases medias y obreras a la vivienda individual, aislada o en hilera, y estallará con el acceso de las mismas clases a la propiedad del automóvil. Con todo, esta suburbanización no será de tipo rural, sino una invasión de los espacios rurales por parte de la ciudad, que incluirá, conservándolo, algún elemento, como el verde de las arboledas, de los pequeños jardines, de los parques existentes.

Tenemos así dos modelos típicos de expansión suburbana. En el mediterráneo tradicional, muy precoz, la ciudad física (la *urbs*), hasta el final del siglo XIX no se dilata mucho más allá de las viejas murallas, mientras la sociedad urbana (la *civitas*) coloniza el campo circundante a través de un vasto radio y transforma su paisaje, que, con todo, sigue siendo rural. En el anglosajón, más tardío, la *urbs*, en cambio, se dilata junto con la *civitas*: el paisaje urbano sustituye al rural precedente y recrea en su interior algunos de sus elementos. En el primer caso, lo suburbano es el «jardín» de la ciudad; en el segundo, es la «ciudad-jardín». Ciertamente, se trata de tipos ideales con muchas variedades regionales, especialmente en el área mediterránea, donde, por ejemplo, la permanencia de estructuras agrarias latifundistas (en la Italia y en la España meridionales) produce variantes significativas. Cuando, en el siglo XX, las grandes ciudades mediterráneas inicien también su expansión incontrolada, seguirán al hacerlo el modelo *funcional* anglosajón de las periferias dormitorio, manteniendo sin embargo la tipología *formal* de la vivienda en altura y, por consiguiente, la gran densidad.

3. MUMFORD, L., *La città nella storia*, 1963, p. 605.

4. SERENI, E., *Storia del paesaggio agrario italiano*, Laterza, Bari 1962.

edilicia y demográfica de los viejos centros. Hasta fechas relativamente recientes, la expansión urbana será por lo tanto más contenida, más densa y más compacta. Se mantendrá además la separación entre campo y ciudad, pero se irá perdiendo la vieja simbiosis entre la ciudad y las aldeas y los villorrios cercanos, basada en la pequeña propiedad agrícola de ciudadanos en régimen de tenencia directa o en aparcería.

II. DESURBANIZACIÓN, CONTRA-URBANIZACIÓN Y PERIURBANIZACIÓN DESDE LA EUROPA NOROCCIDENTAL AL MEDITERRÁNEO

El proceso de suburbanización de las ciudades europeas occidentales sufre un cambio considerable a partir de finales de los años sesenta. No sólo los núcleos centrales de las grandes ciudades comienzan a perder población, sino que también las «coronas» suburbanas comienzan a ralentizar su crecimiento hasta el extremo de que, hacia los años setenta, en muchos grandes sistemas urbanos tanto los núcleos como las coronas entran en una fase de desurbanización, presentando pérdidas conjuntas de población. Algunos estudiosos como P. Hall, P. Cheshire, L. Van den Berg, R. Drewett y otros⁵ ven en estos cambios las fases sucesivas de un «ciclo de vida urbano» que, iniciado con la concentración de la población en el núcleo central o *core* (urbanización), proseguiría luego con el crecimiento de las «coronas» o *ring* (suburbanización), pasando entonces al declive demográfico (*desurbanización*) y a la espera de una hipotética recuperación del núcleo central (*reurbanización*).

Las ciudades europeas de los años setenta y ochenta, en conjunto, parecen seguir la trayectoria que va de la suburbanización a la desurbanización, aunque en momentos diferentes: primero las de la Europa noroccidental y más tarde las de la Europa mediterránea,⁶ en las que las «coronas» periféricas siguen extendiéndose en las viejas formas de mancha de aceite hasta los años ochenta y, en algunos casos, aunque con cierta aminoración del ritmo, hasta la actualidad.

En el ínterin se manifestaba un fenómeno paralelo y en parte relacionado con la transición demográfica negativa de las grandes ciudades: el crecimiento generalizado de los centros urbanos menores o incluso los rurales, tras un largo período de declive o, si se quiere, de crecimiento menos fuerte respecto al de las ciudades medias y grandes. Este fenómeno, que ya había sido descrito en los Es-

5. Véanse HALL, P. y HAY, D., *Growth centres in the European urban system*, Heinemann, Londres 1980; también VAN DEN BERG, L., DREWETT, L. (et al.), *Urban Europe: a study of growth and decline*, Pergamon, Oxford 1982; así como CHESHIRE, P. y HAY, D., *Urban problems in Western Europe: an economic analysis*, Unwin, Hyman 1989.

6. Véase CHESHIRE, P., «A new phase of urban development in Western Europe? The evidence for the 1980s», *Urban Studies*, vol. 32, núm. 7 (1995), pp. 1045-1063.

tados Unidos por B. Berry con el nombre de *contraurbanización*, caracterizó a buena parte de la Europa occidental entre los años setenta y primeros años ochenta. Aquello que lo distinguía de una simple dilatación de las coronas urbanas era el hecho de que los centros menores en recuperación demográfica se distribuían más allá del radio de influencia o de la pendularidad de las grandes ciudades. Una desconcentración tal era relevante a escala de las grandes regiones y de países enteros, incluyendo a las zonas más alejadas de los polos metropolitanos. Por ejemplo, en Italia, durante el período de la máxima concentración urbana (1958-1964), tan sólo el 24% de los municipios italianos experimentó un crecimiento demográfico, mientras que en los años 1968-1980 los municipios en crecimiento pasaron a ser el 55%, distribuidos un poco por todas partes.⁷

Entre los años 1980 y 1990, este proceso de desconcentración urbana continúa, pero en la forma más selectiva de una «desconcentración concentrada».⁸ La geografía de las variaciones demográficas más recientes revela la presencia contemporánea de dos dinámicas positivas diferentes. La primera (que en la literatura francesa sobre el tema se denomina *periurbanización*) consiste en la recuperación de la polarización urbana que ahora, en cambio, se manifiesta como dilatación progresiva de las coronas externas y de las ramificaciones radiales de los sistemas urbanos con una reducción tendencial de los residentes en los núcleos centrales. Este fenómeno se observa casi por todas partes, aunque en las regiones más desarrolladas (como son, en Italia, el Norte y parte del Centro) los campos de polarización urbana se superponen y yuxtaponen a expansiones reticulares no polarizadas, dado lugar a una vasta zona urbanizada continua.

La segunda dinámica se manifiesta en aquellas formas de expansión urbana *independientes de los campos de polarización de los grandes centros*, que en Italia se indican con la denominación de «ciudad difusa». Estas tienen como soporte el crecimiento de las estructuras de asentamiento reticulares en forma de mallas más o menos tupidas. Cuando estas mallas se corresponden con las de la trama de los municipios, o con tramas aún más menudas, este tipo de crecien-

7. CENCINI, D., DEMATTEIS, G., MENEGATTI, B. (eds.), *L'Italia emergente. Indagine geo-demografica sullo sviluppo periferico*, F. Angeli, Milán 1983.

8. En cuanto a Italia, véanse DEMATTEIS, G. (a cargo de), *Il fenomeno urbano in Italia: interpretazioni, prospettive, politiche*, F. Angeli, Milán 1992; BOSCACCI, F. y CAMAGNI, R. (a cargo de), *Tra città e campagna. periurbanizzazione e politiche territoriali*, Il Mulino, Bolonia 1994; DEMATTEIS, G. y BONAVERO, P. (a cargo de), *Il sistema urbano italiano nello spazio unificato europeo*, Il Mulino, Bolonia (en prensa). En cuanto a Francia, véase DATAR *Débat national pour l'aménagement du territoire*, La documentation française, París 1994. Para Holanda, véase *Urban Networks in Europe*, Dutch Ministry of Housing, 1991. En cuanto a la Unión Europea, véase: *Europa 2000+. Cooperazione per l'organizzazione del territorio europeo*, Comisión Europea, Dirección General XVI, Bruselas 1994.

to origina áreas de relativa densificación urbana extensas y compactas, como las de la llanura lombardo-veneciana en Italia⁹ o de la región del curso bajo del Rin en el «corazón» de Europa.

De la combinación de estas dos dinámicas se derivan tres tipos morfológicos: la *periurbanización*, la *difusión reticular* y la *superposición de ambas*. La mera periurbanización puede interpretarse como la situación de desarrollo más débil, en la cual el crecimiento depende sólo de las funciones de servicio (y eventualmente industriales) de un polo urbano dentro de un contexto regional relativamente pobre tanto en servicios como en actividad productiva. La difusión reticular («ciudad difusa») es característica de los tejidos mixtos residenciales y productivos (industriales, terciario-productivos, agro-industriales, turísticos) derivados ya sea de dinámicas endógenas del tipo «distrito industrial» ya sea de la descentralización metropolitana de amplio radio. Se trata de realidades a menudo muy dinámicas, caracterizadas por actividades de nivel cualitativo y territorial medio y medio-bajo. Allí donde estos dos tipos se suman, aparecen las áreas metropolitanas (monocéntricas o policéntricas), es decir, los contextos territoriales favorables al desarrollo de niveles industriales y terciarios más avanzados. El hecho de que las áreas metropolitanas de este tipo estén presentes sobre todo en las regiones europeas más desarrolladas y estén prácticamente ausentes en las «periféricas» mediterráneas (el Sur italiano, la España meridional y occidental, Grecia) indica el agravamiento de los desequilibrios territoriales. Además, la estrecha dependencia entre desarrollo territorial y los grandes ejes de comunicaciones hace presumir que la integración de estos últimos en el sistema europeo tenderá a marginar ulteriormente a las periferias mediterráneas, en tanto que menos aventajadas por los efectos positivos de esta integración.

Hay que hacer constar, no obstante, que las formas del desarrollo periurbano y difuso-reticular que caracterizan a las regiones más desarrolladas presentan graves debilidades desde el punto de vista territorial y medioambiental. En la mayoría de los casos se presentan como formas de desarrollo no sostenible a medio-largo plazo, en tanto que grandes consumidoras de suelo y de energía, fuentes de contaminación del aire y del agua con unos costes de infraestructuras y de gestión de los servicios destinados a crecer rápidamente a partir de umbrales de densidades relativamente bajos.

Especialmente en las regiones mediterráneas, donde el paisaje rural presenta estructuras históricamente muy elaboradas, existe el peligro de una degradación cualitativa. Se trata de algo que ya se puede advertir en las primeras fases de la periurbanización con crecimiento desequilibrado de los asentamientos «rururbanos» y de las formaciones lineales según los ejes viarios principales. Una degradación como ésta se hace cada vez más evidente con la excesiva densificación

9. Véanse INDOVINA, F. et al., *La città diffusa*, DAEST, Venecia 1990; BOERI, S., LANZANI, A. y MARINO, E., *Ambienti, paesaggi e immagini della regione milanese*, Abitare Segesta Cataloghi, Milán 1993.

que, al reducir progresivamente los espacios abiertos, lleva a la eliminación del paisaje rural originario. Este proceso va acompañado de la desarticulación de los tejidos urbanos y territoriales históricamente consolidados, cuyos ricos «legados» materiales y culturales dejan de ser las matrices generadoras de nuevos desarrollos en los asentamientos, reduciéndose a un cierto hallazgo fósil aislado y protegido, en un contexto dominado por dinámicas exógenas.

Por todos estos motivos, la periurbanización y la forma de la «ciudad difusa» son procesos que pueden ser controlados. Pero para controlarlos hay que pensar ante todo que se trata de algo estructuralmente nuevo y no de una simple dilatación de las viejas periferias urbanas a escala regional.

III. LA DESCONCENTRACIÓN URBANA COMO FENÓMENO ESTRUCTURAL

El análisis de la contraurbanización y el modelo del «ciclo de vida de las ciudades» ha permitido recoger y confrontar datos sobre regiones y países diferentes, encontrando ciertas regularidades inesperadas que requerían una interpretación. Un primer paso en esta dirección ha consistido en la caracterización de las unidades territoriales pertinentes, es decir, los ámbitos y las escalas geográficas significativas. En particular es importante distinguir entre la escala de decenas y de centenas de kilómetros. A la primera pertenecen aquellas que se han denominado regiones o sistemas funcionales urbanos. Se trata de los ámbitos de vida, de movilidad pendular cotidiana y de movilidad residencial de quienes viven y trabajan en un territorio urbanizado. A estos ámbitos les corresponden mercados laborales y de servicios geográficamente distintos. Sin embargo, al poder tener un diámetro de diversas decenas de kilómetros, y al estar por tanto articulados en más centros de variadas dimensiones, son el equivalente, en la época del automóvil y de los medios de comunicación rápidos, de lo que era el ámbito de un municipio urbano cuando se circulaba a pie o en carruajes.

Este salto de escala debido a las nuevas formas de movilidad territorial de las familias hace que los desplazamientos demográficos relevantes dentro de una región funcional urbana tengan el mismo significado de aquellos que en el pasado se daban entre los barrios de un único centro urbano. Resulta evidente por tanto que el crecimiento de los centros menores o de los municipios rurales comprendidos en un sistema territorial de este tipo se atribuya a la región urbana en su conjunto y no pueda entenderse como una contraurbanización, así como resulta también impropio hablar de desurbanización sólo porque algún centro de ese mismo sistema se encuentra en fase de decadencia, aun en el caso de que se trate del centro principal. Si la redistribución geográfica de la población se limitara a estos ámbitos, la contraurbanización sería entonces una especie de ilusión óptica, debida a un error de escala de nuestras observaciones.¹

Muy distinto es su significado si el crecimiento demográfico se redistribuye entre sistemas urbanos y territoriales diferentes, moviéndonos en una escala de

centenares de kilómetros. En este sentido, si la variabilidad regional de los saldos naturales es débil y si excluimos algunas áreas de inmigración de jubilados, debemos concluir que la variación demográfica depende de una redistribución de los puestos de trabajo. Si además este fenómeno se generaliza, cabe suponer que se está produciendo alguna mutación importante en las localizaciones de las empresas. En particular, si la ocupación crece en los sistemas urbanos territoriales menores con menoscabo de los metropolitanos, cabe hablar de una desconcentración efectiva, es decir, de algo diferente del mero crecimiento en mancha de aceite de las áreas metropolitanas.

En realidad, el mayor crecimiento de los sistemas menores y periféricos deriva del saldo de dos movimientos: uno de descentralización (es decir, puestos de trabajo durante un tiempo localizados o localizables en los sistemas metropolitanos que se trasladan o se crean *ex novo* en los sistemas menores) y un movimiento de centralización que afecta al desarrollo en los centros metropolitanos de nuevos puestos de trabajo, en la mayoría de los casos ligados a una actividad muy cualificada, no presentes, al menos por ahora, en los sistemas menores. En otras palabras, no se pasa sólo de la polarización a la descentralización, sino también de una fase de polarización poco selectiva, que afectaba a las actividades industriales de alta intensidad de trabajo poco cualificado, a una fase mucho más selectiva.

El hecho de que la población de las ciudades «centrales» mayores y de algunas áreas metropolitanas disminuya no es entonces una regla fija y general. En situaciones metropolitanas particularmente dinámicas, donde la ocupación industrial hace ya tiempo que se había redimensionado, el crecimiento de nuevos empleos y de las nuevas clases sociales puede dar lugar a una recuperación demográfica en las mismas áreas metropolitanas centrales. Y viceversa, allí donde tenemos políticas urbanas débiles, grandes herencias de reconversión industrial y ambiental y un abanico de funciones metropolitanas restringido, se pueden dar situaciones de declive o de estancamiento demográfico aun en presencia de una fuerte dinámica, también ocupacional, de los sectores avanzados.

Según esta interpretación, la desconcentración y la contraurbanización a escala suprarregional observadas en el último cuarto de siglo se relacionan con los procesos de restructuración económica que han actuado a escala global. Esto explicaría entre otras cosas la aparición casi contemporánea del fenómeno en todos los países y las regiones industrializadas.

Si examinamos las modalidades del desarrollo regional periférico de los años setenta, vemos que junto a factores puramente coyunturales han intervenido otros de tipo estructural, con efectos territoriales no reversibles. Me refiero tanto a las innovaciones de carácter tecnológico y organizativo que han permitido una articulación más estrecha de carácter territorial de las empresas multilocalizadas, como al nivel de infraestructuración material y social alcanzado por una gran parte del territorio en los países industrializados, nivel que ha permitido una mayor difusión de las actividades económicas en el territorio.

Estos dos órdenes de factores han comenzado a actuar conjuntamente desde finales de la década de los sesenta, con el efecto de extender a los sistemas urbanos menores aquellos campos de externalidad que en la primera mitad del siglo se habían desarrollado en forma de mancha de aceite alrededor de las ciudades principales, originando, en este período, las áreas metropolitanas de forma compacta. Actualmente los nuevos campos de externalidad no tienen ya una forma de área compacta, ni un radio tan limitado, sino que se configuran como retículas articuladas en centros y sistemas urbanos pequeños o grandes, en extensiones territoriales macrorregionales (figs. 1 y 2). El hecho de que, contemporáneamente a la formación de estos campos de externalidad extensos, se hayan realizado nuevas externalidades metropolitanas favorables al desarrollo concentrado de actividades terciarias superiores y de tecnologías avanzadas, no sólo no obstaculiza la descentralización en forma de red de muchas de las viejas actividades metropolitanas, sino que más bien la facilita mediante mecanismos de *filtering down*.

Sería entonces esta desconcentración funcional la que crearía lo periurbano y la «ciudad difusa». De hecho, ésta se distinguiría de la simple difusión urbana y de la «urbanización del campo» porque está dotada de una estructura funcional urbana autónoma que le es propia. Incluso en el caso de que la dependencia jerárquica entre el nivel metropolitano y el de los sistemas urbanos menores permanezca y tal vez se refuerce, tal dependencia se basa hoy bastante más en las diferencias cualitativas que en las cuantitativas. Esto explica la razón por la que se pueden dar contemporáneamente desarrollos demográficos fuertes, ya sea en sistemas urbanos menores, ya sea en sistemas metropolitanos, independientemente de aquellos factores de distancia y de dimensión de los asentamientos que en el pasado, y todavía en la fase más reciente de contra-urbanización, podían parecer decisivos. En la actualidad, todo centro, en tanto que nodo de una ecumenópolis tendencial reticular, crece, se estanca o entra en declive según sus especializaciones, de la naturaleza de los intercambios que tiene con otros nodos de la red o de sus condiciones ambientales locales. Entre éstas revisten particular importancia las culturales, que forman el sustrato de la continuidad y de la innovación.

A fin de hacer representables esta nueva dinámica y las formas espaciales que se derivan de la misma es preciso sustituir la idea clásica de posición geográfica relativa o absoluta, que se refiere a un espacio continuo y homogéneo, por la posición relacional, que hace referencia a otro tipo de espacio virtual, discontinuo y heterogéneo. Se trata de un espacio cuyas características varían de un lugar a otro según la disposición y superposición de las diversas redes de relaciones económicas, culturales y políticas que atraviesan cada lugar. Esto significa que todo lugar y todo sujeto localizado puede pertenecer contemporáneamente a redes diferentes, que interactúan a escalas distintas.

Si queremos identificar la periurbanización y la «ciudad difusa» con las nuevas periferias urbanas, hemos de reconocer su diferencia respecto de las perife-

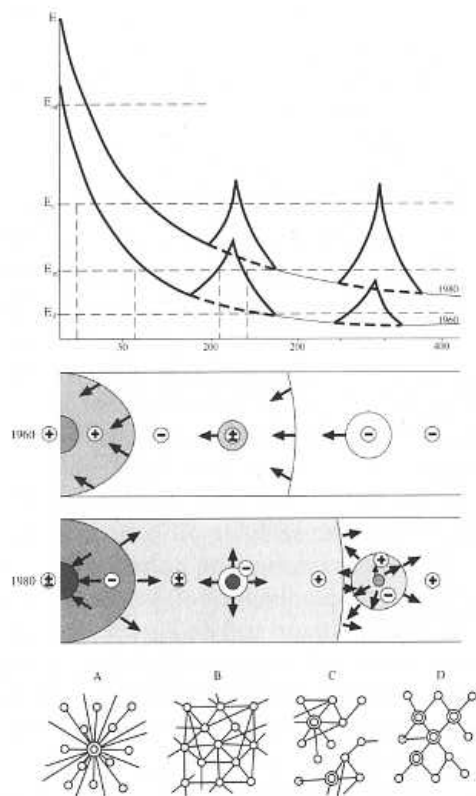


Figura 1. La formación de estructuras emplazativas reticulares (1960-1980).

El diagrama representa esquemáticamente las variantes de los valores de las externalidades urbanas (E) en función de la distancia en kilómetros cuadrados desde un centro metropolitano, en los años 1960 y 1980. Se indican en particular los umbrales de externalidad mínima para la localización de determinados niveles de funciones: servicios elementales difusos (E_d), servicios de nivel intermedio (E_m), funciones metropolitanas tradicionales (E_c), nuevas funciones metropolitanas de terciario superior avanzado (E_s). Las dos bandas intermedias de la figura representan la proyección plana del diagrama superior para los años 1960 y 1980. Los signos + y - indican las tendencias en la dinámica demográfica y ocupacional; las flechas indican la tendencia a la polarización de las funciones urbanas (centrípetas) o a su descentralización (centrífugas). La intersección de las distancias con umbrales E de los diferentes niveles funcionales definen los límites de las áreas de nivel funcional correspondiente, que para simplificar se han representado en forma de anillos concéntricos en torno a los centros principales y a los centros urbanos secundarios. Según este esquema, el «cambio de escala» que se ha observado recientemente en la organización territorial urbana es debido a la dilatación de los campos de externalidad urbana (umbral mínimo E_m), que a su vez deriva de un alza de la gradiente externalidad (E) entre 1960 y 1980. En realidad ello resulta de la combinación de dos movimientos: (1) de una disminución de los umbrales de externalidad requerida para la localización de las funciones urbanas de nivel intermedio y (2) del aumento de los valores de las externalidades ofrecidas por las áreas extra-metropolitanas y en los centros urbanos menores. El primer movimiento corresponde al efecto principal de carácter territorial de la «revolución» de las tecnologías de la información y de comunicaciones: debilitación de los vínculos derivados de las economías de escala y de aglomeración y consiguiente desconcentración de una amplia gama de actividades productivas y de servicio con integración en redes entre empresas y entre unidades de empresas multilocalizadas a escala suprarregional. El segundo movimiento corresponde en cambio a la maduración de los efectos territoriales de las políticas de *welfare*, en términos de difusión y de intensificación de las infraestructuras (materiales y sociales), durante cierto tiempo limitadas, sobre todo en las mayores áreas urbanas.

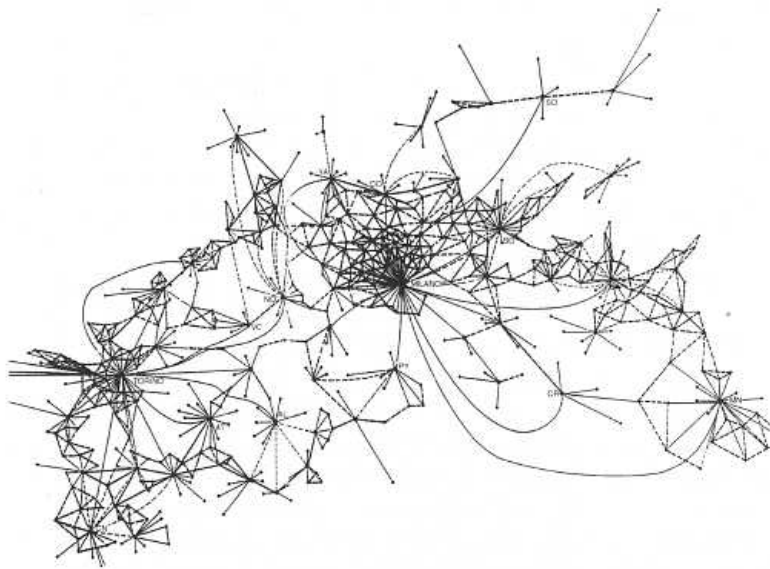


Figura 2. Redes de relaciones funcionales entre los centros de la Padania centro-occidental.

Las relaciones se caracterizan en base a las dotaciones de servicios de los centros. Las líneas más finas (gráficos en forma de árbol y de estrella) indican relaciones de dependencia jerárquica (fuertes: líneas continuas; débiles: líneas discontinuas). Las líneas más marcadas (gráficos interconexos) indican relaciones de complementariedad e interdependencia (fuertes: línea continua; débiles: línea discontinua). Como se puede observar, las segundas prevalecen en las zonas perimetropolitanas y a lo largo de la franja al pie de los sistemas montañosos más industrializada y urbanizada.

(Fuente: C. EMANUEL, 1990, elaboración de datos SEAT.)

rias urbanas de la fase precedente, diferencia que no radica sólo en la forma (baja densidad, viviendas unifamiliares o pareadas, tramas reticulares...) sino también en las modalidades de organización territorial, de composiciones sociales y de desarrollo. Más en general, esta diferencia entre viejas y nuevas periferias se adscribe al gran cambio que se ha producido entre los años 1960 y 1970 en los países industrializados (con consecuencias de carácter indirecto a escala planetaria), marcado por el tránsito de la organización y la regulación social denominada «fordista» a la «posfordista», caracterizada por la relajación de las relaciones jerárquicas, por la flexibilidad de la organización productiva y del trabajo, por la multiplicación de las conexiones horizontales y por la aparición consiguiente de las identidades o especificidades locales como otras tantas «ventajas competitivas», en un contexto tendencialmente global.

IV. VIEJAS Y NUEVAS IMÁGENES DE LAS PERIFERIAS URBANAS

Si examinamos la prolija literatura especializada sobre las periferias urbanas entre los años 1950 y la década de 1980 encontramos muchas definiciones más o menos explícitas, que corresponden a una imagen en conjunto negativa.¹⁰ El criterio lateral de la *posición* topográfica (la periferia comprendida como parte de la ciudad que rodea al centro) se carga de significados valorativos cuando se convierte en metáfora de *dominación* (el centro que decide y controla) y de *dependencia* (la periferia que se estructura pasivamente en función del centro, alojando aquello que el centro rechaza). También el criterio residual, según el cual la periferia no es una verdadera ciudad, ni verdadero campo, no es meramente descriptivo sino valorativo, en tanto que, especialmente en los países mediterráneos, sugiere la imagen de un área en la que tanto los valores generalmente asociados al hecho urbano como aquellos propios de la cualidad medioambiental son mínimos. Una imagen negativa de este tipo queda explicitada en las definiciones de la periferia como *no-centro*, por consiguiente como espacio carente de los valores de la centralidad. La misma idea se halla presente —aunque tal vez lo sea en una forma menos radical— en aquellas definiciones que consideran los valores urbanos como *gradientes negativos* que, de las puntas más elevadas del centro, decaen más o menos gradualmente hacia la periferia. Esta última se reduciría por ello a un espacio cuyas cualidades nunca pueden alcanzar las del centro, aunque intenta hacerlo continuamente en un empeño inútil. Por si eso no bastara, en muchos casos las periferias de las grandes ciudades se han concebido como espacios donde las *patologías urbanas* y las desvalorizaciones son máximas: la degradación física y social, la marginalidad, la exclusión, la desviación.

—Además de estas formas aparentemente objetivas (en realidad metafóricas y valorativas) las periferias urbanas se han definido también a partir de las valorizaciones y de los comportamientos de los sujetos, y una vez más lo han sido en términos prevalentemente negativos. El criterio de la *deseabilidad* se ha utilizado por ejemplo para definir las periferias como lugares que la gente habita por necesidad, al no tener la posibilidad de vivir en otro lugar; al considerar luego la vivencia cotidiana se han relacionado como lugares donde o no se vive o se vive una vida alienada, es decir, lugares donde sólo se duerme, se trabaja, se pasa (yendo y viniendo del centro o al salir de la ciudad); espacios, por consiguiente, que no producen identidad, ni sentido de pertenencia ni enraizamiento en quienes los habitan. Quienes han buscado explicaciones, o cuando menos justifica-

10. Para una crítica de las concepciones negativas de la periferia urbana véanse BELICINI, L., «In periferia, tempi, percorsi e immagini», *Meridiana*, núm. 5 (1989); DELLA PERGOLA, G., «Dipendenza e autonomia delle periferie», *Territorio*, núm. 2 (1989); CLEMENTI, A. y PEREGO, F. (eds.), *Eupolis. La requalificazione della città in Europa*, 2 vol., Laterza, Bari y Roma 1990; MAGNACHI, A. (ed.), *Per una nova carta urbanistica*, F. Angeli, Milán 1990.

ciones, a estas imágenes negativas, a menudo se han referido a la historia. Así, la escasa cualidad formal, la repetición sin orden ni concierto, la atopia (el espacio sin «lugares»), la falta de identidad, se han asociado con los tiempos demasiado rápidos del crecimiento periférico, que no habrían permitido la sedimentación de las cualidades culturales, sociales y estéticas características de la ciudad tradicional, representada por el centro. Otros relacionan la falta de cualidad con el período histórico en que las periferias se formaron, un período dominado por procesos homologados típicos del capitalismo industrial y de la economía monetaria que, como ya observara G. Simmel a propósito de la metrópolis moderna, «reduce toda cualidad y peculiaridad a la cuestión de la mera cantidad».¹¹ Las periferias serían entonces la expresión negativa de la modernidad urbana que, sin embargo, algún aspecto positivo deben de haber tenido, si en el último siglo y medio ha inducido a algunos miles de millones de hombres y mujeres a adentrarse en esos lugares tan despreciados, teniendo en cuenta que ése era para ellos el único modo posible de pasar de la premodernidad de la vida rural a la modernidad, representada precisamente por la metrópolis.

Todo esto nos hace reflexionar sobre el hecho de que hasta hace poco tiempo, al menos en Europa, la imagen negativa de la periferia urbana ha sido producida por una cultura hegemónica cuyos representantes se identificaban sobre todo con el centro, donde solían habitar. Esto era posible, todavía y especialmente, en la fase fordista, en la que la estructura jerárquica y clasista de las relaciones sociales hacía, en este caso, que se representaran bien en la oposición ideológica entre el centro (las clases burguesas) y la periferia (las clases proletarias y subproletarias). La fase posfordista más reciente, al hacer más compleja la composición y la geografía social de la ciudad, ha reducido mucho la eficacia de la metonimia social centro-periferia.

Tal como muestra el cuadro 1, las nuevas periferias actualmente no se definen ya de un modo negativo respecto al centro. En las preferencias de los sujetos que las escogen y las habitan, éstas presentan cualidades medioambientales que el centro no tiene (entonces, los gradientes negativos van ahora también de la periferia al centro) y en los espacios reticulares de la ciudad difusa se reduce también mucho la vieja dependencia del centro metropolitano como lugar de trabajo y de los servicios cualificados, en cuanto que, con la difusión de uno y otros en el territorio periurbano y en la «ciudad difusa», éstos, convertidos en sistemas urbanos reticulares autónomos, se presentan hoy como «periferias sin centro».

Además de la cualidad medioambiental y la autonomía respecto a los centros metropolitanos, las nuevas periferias revelan cada vez más otro carácter positivo: el de ser los «laboratorios» sociales y territoriales en los que se experimentan

11. SIMMEL, G., «La metropoli e la vita mentale» (1903), en *Immagini dell'uomo*, edición compilada por C. Whirht Mills, Comunità, Milán 1963, pp. 532.

CUADRO 1

REPRESENTACIÓN DE LA PERIFERIA URBANA (1960-1990)

Criterios	Periferias de la ciudad fordista	Periferias de la ciudad posfordista
Posición geográfica	en torno al centro gravita sobre el centro	periurbanización y «ciudad difusa» reticular, distante de los centros principales
Posición geopolítica	espacio dominado por el centro, soporte pasivo de lo que el centro rechaza o no puede contener	«ciudad sin centro», red interconexa de sistemas urbanos autónomos complementarios e interdependientes
Calidad y valores urbanos	espacios urbanos sin calidad, en los que los valores urbanos son siempre inferiores a los del centro y los valores medioambientales, inferiores a los del campo	ciudad «diversa» con algunos valores, sobre todo ambientales y de calidad de vida, considerados superiores a los del centro
Deseabilidad	partes de la ciudad habitadas por quienes carecen de medios para vivir en el centro	espacios habitados por quienes no quieren vivir en el centro
Identities, cualidades formales	espacios edificados monótonos, sin orden ni forma reconocible, atópicos	espacios laberínticos, mosaicos de lugares con cualidades formales propias
Tiempo, historia	emplazamientos desprovistos de historia, sin identidad, sin raíces. Espacios de «modernización forzada» de los emigrantes y de la movilidad social y territorial	emplazamientos enraizados en su preexistencia y en sus tramas sociales, con sentido territorial de pertenencia
Conflicto y cooperación	barrios del «conflicto constructivo» capital-trabajo, de la cohesión social de las clases	lugares de las «ventajas competitivas» y de la afirmación individual
Innovación	lugares de la experimentación social: servicios colectivos, obras públicas, planificación urbanística, etc.	lugares de los nuevos estilos de vida, de las nuevas clases sociales emergentes, de la relación local/global no mediada por los centros metropolitanos

innovaciones y cambios importantes en la forma de habitar, en los estilos de vida, en las relaciones sociales y asimismo en los movimientos políticos.¹² Pero esto también se podría afirmar de las viejas periferias fordistas que, como lugar ejemplar del conflicto capital-trabajo, han producido también su mediación, es decir, el «pacto social» del *welfare state*. Y si queremos remontarnos más en el tiempo podemos decir que la misma revolución industrial ha sido, en la Inglaterra del siglo XVIII, un hecho esencialmente «periférico» y sustancialmente antiurbano, en conflicto con el orden corporativo que tenía en las ciudades sus centros de poder. Siguiendo esta tónica se llega a invertir completamente la imagen negativa de la periferia, afirmando que durante los últimos años la periferia ha sido metrópolis, en el sentido etimológico de ciudad-madre (*metér-polis*), generadora de nuevos modelos culturales, sociales y políticos. Aquello que hoy es nuevo y significativo no es, entonces, el hecho de que la periferia desempeñe este papel, sino que comience a serle generalmente reconocido, que esté convirtiéndose en un elemento constitutivo de su imagen. ¿Signo tal vez de que la hegemonía social y cultural se está desplazando de las viejas élites enrocadas en los centros históricos de las grandes ciudades a las nuevas élites emergentes en los espacios urbanos periféricos? Es pronto aún para afirmarlo, pero, con todo, una cosa parece a partir de ahora cierta: que la globalización, entendida como acceso directo a las redes globales de los intercambios y de la información, no es ya una prerrogativa de los grandes centros urbanos, sino que está ahora ya al alcance de los sistemas territoriales periféricos y de sus actores locales. Por ejemplo, una imagen reciente ha revelado que 415 de los 784 sistemas funcionales urbanos reconocibles en Italia a principios de la década de 1990 presentan funciones internacionales significativas,¹³ con una presencia particularmente elevada en las áreas periurbanas de la «ciudad difusa».

V. HACIA POLÍTICAS DE RED

En conclusión, se puede afirmar que hasta la revolución industrial las periferias urbanas han sido los lugares de la innovación y del cambio, pero sólo recientemente esta vocación «metropolitana» ha empezado a abrirse camino como valor positivo en el imaginario social, que lo considera como atributo fundamental de las «nuevas periferias». Esto sucede precisamente cuando los dos caminos principales históricos de la suburbanización occidental europea —el anglosajón y el latino-mediterráneo— acaban *convergiendo* en un único modelo, que bajo una di-

12. Por ejemplo, en Italia el área de la «ciudad difusa» lombardo-veneciana es también el área de la pequeña y mediana empresa, donde se concentran los electores de la Liga Norte. Véase BAGNASCO, A., *L'Italia in tempi di cambiamento politico*, Il Mulino, Bolonia 1996, pp. 33 y ss.

13. BONAVERO, P., «L'apertura internazionale del sistema urbano italiano nel contesto europeo» en DEMATTEIS, G. y BONAVERO, P. (eds), *Il sistema urbano... op. cit.* (en prensa).



Figura 3. Sistemas urbanos en Italia con funciones internacionales (número de unidades locales que tienen relaciones estables significativas con otros países de la Unión Europea). (Fuente: P. BONAVERO, *op. cit.*)

versidad de denominaciones (ciudad difusa, periurbanización, ciudad reticular) presenta en toda Europa caracteres comunes e innovadores. En particular, la «nueva periferia» de las décadas de 1980 y de 1990 aparece como la «ciudad sin centro» que deriva de la interconexión física y funcional de los lugares y de los sistemas urbanos que conservan y potencian la propia identidad, porque ven en la misma un recurso que pueden hacer valer en la competición global. La imagen de las nuevas periferias es entonces compleja: en la escala *macro* aparece una única gran estructura difusora en forma de red, mientras que en la escala *micro* cada «nodo» de esta red revela caracteres específicos, identidades particulares y, por tanto, principios de organización espacial característicos de la misma. Los modelos generales aptos para describir estas nuevas realidades territoriales y sociales son precisamente aquellos de los sistemas complejos, de la autoorganización, de la autopoiesis.¹⁴

14. CONTI, S., DEMATTEIS, G. y EMANUEL, C., «The development of areal and network systems» en DEMATTEIS, G. y GUARRASI, V. (eds.), *Urban networks, Geo-Italy series*, núm. 2, Patron, Bolonia 1994, pp. 45-68.

Todo ello tiene consecuencias notables en el modo de concebir las políticas urbanas y la misma planificación urbanística. Aunque este aspecto se aparta del tema aquí abordado, no se puede dejar de hacer referencia al mismo en tanto que el gobierno de las «nuevas periferias» es probablemente la cuestión en la que se decide el futuro urbano de Europa. Desde este punto de vista, el tránsito a la fase posfordista no sólo ha comportado un cambio de imagen. La globalización ha vuelto ineficaz tanto el control territorial directo por parte de la administración pública (del municipio al Estado) como la estructura jerárquica a través de la cual ese control se había ejercido tradicionalmente. La posibilidad de los sujetos locales de establecer entre sí relaciones horizontales directas, que superan cualquier confin geográfico, sustrae su funcionamiento territorial de los controles tradicionales. Por otro lado, las redes de interacciones globales que así se forman, deben encontrar lugares de interconexión y «arraigo» en medios locales como fuentes de externalidad. En un mundo donde todo parece deslocalizado, la localización de los asentamientos y el uso del suelo continúan así siendo cuestiones decisivas que ningún sujeto, ni público ni privado, consigue por sí sólo controlar. Las nuevas formas de la ciudad-red imponen entonces nuevas formas de programación de los asentamientos, no ya simplemente basados en la autoridad ni racional-comprensivos, sino interactivos, empresariales, contractuales, capaces de conectar entre sí a los actores y sujetos pertenecientes a «redes» diferentes, para la realización de proyectos comunes a una escala territorial local. Las políticas urbanas pasan a ser así también reticulares y conectivas, como la «ciudad sin centro» que deben gobernar.